

DOMINGO DE RAMOS

Un claroscuro, así es nuestra vida. Prontos para la alabanza por la mañana, escondidos en un silencio cobarde por la tarde. Nos pasa con todos y con todo. Todo lo nuestro es ambiguo. Esta es nuestra experiencia del Domingo de Ramos. El silencio de la tarde preludia la noche oscura del Viernes Santo; la alabanza bulliciosa de la mañana anuncia la alegría sin fisuras del día de la Pascua. Por la mañana, todos con Jesús: palmas en las manos, cantos en los labios, ambiente de fiesta por las calles de la ciudad. Por la tarde, nadie con Jesús: sin apenas ecos de la fiesta, con el valor escondido en los adentros, solo un cuchicheo de rincones que huele a condena y a muerte del Amigo que cuidó con tanta ternura la vida. Este es un buen día para pensar en la cambiante condición humana, en el vaivén de los halagos que rápidamente dejan paso a los desprecios y olvidos. ¿Nos podemos fiar de nosotros? ¿Nos podemos fiar de los demás? ¿Y Jesús? Sigue adelante con su camino de entrega. Las palmas y los gritos de júbilo no tuercen su camino, que es, como lo fue siempre, el de la entrega crucificada, el del amor a manos llenas, el del siervo, el de la mirada creativa y liberadora de todos los pequeños. El proyecto del Reino no depende de lo que griten o dejen de gritar fuera. Jesús lleva el Reino en el corazón y lo dialoga, lo ora, con el Padre. Así lo ha hecho noche tras noche, madrugada tras madrugada. Ahora es fiel en la entrega por amor, para que la vida no sufra ya más zarpazos de la muerte. ¿Cómo es que el Padre pone el Amor en nuestras manos? Sin duda, un día brotará una alabanza armoniosa en toda la creación, en la que participen todos los pueblos. Así inicia Jesús su camino hacia la Pascua, con el eco de los gritos en los oídos, con la sensación de haber visto mucho miedo en los ojos de las gentes. Camina con la experiencia profunda de saberse amado por el Padre. Se siente acompañado en sus memorias más hondas. Le espera en el camino la traición de uno de sus amigos, la negación de otro de sus íntimos, el abandono cobarde de los que le acompañaron por las aldeas de Galilea. Le espera también el consuelo de algunas mujeres, que son para él presencia alentadora; en Betania, la casa del pobre, una mujer le unge con el perfume del amor. Domingo de Ramos: un buen día para acompañar a Jesús. Mirarlo de cerca nos puede ayudar a mirarnos de cerca, a descubrir lo frágil e incoherente que es a menudo nuestra vida, lo necesitados que estamos de que el misterio de Jesús nos mire y recree nuestro corazón.

□ *Ha más de treinta años que yo comulgaba este día de domingo de Ramos, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo; y así hacía unas consideraciones bobas y debíalas admitir el Señor* □ (Santa Teresa).



Cipecar
www.cipecar.org